

La forma de hacer ciudad

** Por Francisco Bosch*

Nuestras ciudades han cambiado enormemente durante los últimos veinte años. Junto a transformaciones sociales y económicas, se introdujeron políticas de desarrollo urbano que dieron importantes pasos en su mejoramiento. Aunque ha habido también costos asociados a estas, en general sus resultados han sido positivos. En términos de la forma de hacer ciudad, hoy la equidad debe ser nuestro principal desafío, y aunque se han superado problemas históricos las necesidades urbanas son ahora más complejas. Frente a estas, no bastará solo con redefinir prioridades y proveer de nuevos programas e inversiones acordes a estos. Lo fundamental será reinventar la forma que tenemos de hacer ciudad.

Durante este período, las políticas de desarrollo urbano en Chile han estado centradas en solucionar las necesidades básicas de nuestras ciudades. Esto a través de la provisión de infraestructura y vivienda, y la regulación de su crecimiento. A través de las políticas de concesiones por ejemplo se pudieron atraer recursos privados que renovaron la infraestructura de ciudades y del territorio nacional. Puertos, aeropuertos, carreteras, autopistas, túneles y otros mejoraron la integración del territorio aumentando la eficiencia y competitividad económica de nuestras ciudades. La política de concesiones permitió además concentrar los recursos del estado en otras tareas públicas que carecen de un interés privado. Junto a este proceso de inversiones, el diseño y actualización de los planes reguladores de la mayor parte de nuestras ciudades ha permitido racionalizar y programar el futuro crecimiento de estas. La introducción hace diez años atrás de una política de crecimiento por condiciones ha sentado las bases para orientar un desarrollo urbano en el que los privados vayan asumiendo progresivamente sus externalidades sociales y ambientales. Pero en materia de ciudades, la eficiencia y competitividad urbana no ha sido el único eje de las políticas de desarrollo urbano.

El déficit histórico de viviendas sociales fue sin duda la tarea prioritaria a solucionar en términos de equidad. A través de la introducción de distintos programas de subsidios diferenciados y una mejor gestión urbana se está a punto de superar un problema histórico de nuestras ciudades. Es verdad que como resultado de esta política de urgencia para los “sin techo” hoy enfrentamos un nuevo problema, que algunos han señalado como el problema de los “con techo”. Sin embargo la erradicación de campamentos y asentamientos informales, o la solución para miles de allegados chilenos ha sido un gran paso en términos de calidad de vida para los grupos más pobres del país.

Resueltas ciertas necesidades básicas, hoy la inequidad y la exclusión siguen siendo la gran debilidad de nuestras ciudades. Desde un punto de vista país, uno de los mayores problemas urbanos lo viven las ciudades regionales. En la medida que la globalización y la competitividad territorial ha aumentado muchas de ellas se han ido marginando del crecimiento económico del país. Pese a políticas urbanas redistributivas, las oportunidades de educación y empleo para sus habitantes son más difíciles y sus ciudades no progresan

como otras más exitosas. Otro de los principales problemas de nuestras ciudades, surge de aquellas áreas destinadas casi exclusivamente a los estratos socioeconómicos más pobres. En parte resultado de las propias políticas de vivienda, hoy sectores enteros quedan excluidos de los beneficios que sus propias ciudades generan. Operan como barrios marginales, aislados, con falta de oportunidades y graves riesgos sociales. Hoy pese al desarrollo de mecanismos de integración urbana seguimos construyendo barrios socialmente segregados, en el que las soluciones en materia de accesibilidad es también un tema pendiente.

No sólo en Santiago, muchas ciudades intermedias presentan hoy graves problemas de movilidad y congestión que requieren repensar el problema de su transporte. La experiencia del Transantiago nos servirá ahora al menos para saber que cosas no debemos repetir en otras ciudades. Por último muchos han mencionado la escasa calidad de vida de nuestras ciudades. Necesitamos calles más limpias y que peatones, ciclistas, automovilistas convivan de forma más civilizada en el mismo espacio. Necesitamos recuperar el concepto de barrio donde se crean lazos de confianza y la seguridad aumenta. Necesitamos renovar zonas decaídas, pero que estas transformaciones convivan bien con aquellas áreas residenciales que se conservan. Necesitamos comunas y ciudades más entretenidas, que estimulen el deporte y la cultura.

Todos estos son de cierta forma nuestros próximos desafíos (con seguridad hay varios más). Sin embargo, al analizarlos es evidente que la forma de enfrentarlos deberá ser diferente de la forma como hicimos ciudad durante los últimos veinte años. Mientras para resolver nuestras necesidades básicas hubo que elaborar una maquinaria gubernamental centralizada caracterizada por su eficiencia y velocidad, hoy la institucionalidad política del desarrollo urbano debe reinventarse. Esto en la medida que la pura provisión de infraestructuras será insuficiente para resolver problemas complejos como la segregación y discriminación social, la falta de oportunidades y expectativas, la seguridad y convivencia. La forma en cómo hacemos y construimos ciudades tiene un rol que jugar frente a estos problemas, pero para ello es preciso coordinar e integrar estas inversiones a los procesos locales y específicos de estas. Más carreteras, más parques y equipamientos, mejores viviendas no serán suficientes. Son muy importantes, pero se requiere junto con esto, crear un proceso de apropiación creativa. Integrar a los actores claves para coordinar una visión y gestión de ciudad. Entusiasmar a ciudadanos para que discutan, propongan, y decidan como mejorar sus calles, barrios, comunas y ciudades. Hacer de las ciudades un proyecto. La institucionalidad del desarrollo urbano debe ser la plataforma para estos procesos.

Ahora esto no es algo inalcanzable, hace ya tiempo que alrededor del mundo muchas ciudades han sido capaces de reinventarse un futuro creando mejores lugares. No se trata solo de países desarrollados. De hecho ciudades sudamericanas han sido líderes en este proceso. Ciudades como Río de Janeiro, Curitiba, Sao Paulo, Bogota y Medellín, todas con problemas graves de segregación, desempleo, marginalidad, han sido capaces de crear procesos de transformación urbana, mejorando de forma creativa, participativa y coordinada los graves problemas que le han aquejado. Lamentablemente en

esta área, nosotros hemos sido mucho menos exitosos. Es cierto que ya han aparecido algunos programas públicos orientados por esta necesidad (Planes de Ciudad, Quiero mi barrio), pero vamos demasiado lento. Quizás por las mismas políticas urbanas que trataron las ciudades como un espacio que requería de intervenciones de urgencia no pensamos que las ciudades podían ser mejoradas creativa y colectivamente. Quizás entonces no había tiempo, pero ahora hace ya unos años en Chile aparecen organizaciones y grupos reclamando este derecho. Muchos hoy quieren participar de la construcción de sus ciudades. Esta es una señal enormemente positiva. Cuando las ciudades se entienden como un proyecto colectivo son capaces de avanzar en la superación de problemas mucho más profundos. Entonces, el retorno social de los proyectos urbanos crece. El mayor deber de la futura institucionalidad urbana debiera partir por esto: reinventar la forma que tenemos de hacer ciudad. Así más rápido llegaremos a tener ciudades más equitativas y de mejor calidad de vida.